

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE DRAMA

EL AÑO NUEVO DE LOS PAJAROS

Por Juan Cristian Andersen

Promediaba enero; la nieve se arremolinaba en las calles, blanqueaba los cristales de las ventanas y a intervalos se desprendía en masas de lo alto de los tejados. Las gentes corrían sin ver lo que tenían delante; con frecuencia, dos personas chocaban y rodaban juntas por el suelo. Los coches y los caballos parecían salpicados de azúcar; los lacayos volvían la espalda a los cocheros para protegerse contra el viento que les azotaba el rostro. ¡En verdad se había desencadenado un impotente temporal de invierno!

Cuando, al fin, la borrasca hubo cedido un tanto, se abrió en las aceras un estrecho sendero. Y resultaba curioso ver a los transeúntes detenerse unos delante de otros, sin que nadie quisiera ceder primero el paso por miedo a hundir el pie en la nieve; después de mirarse cara a cara algunos instantes, terminaban por hundir cada uno una pierna.

Al anochecer, el viento cesó de soplar, el cielo apareció más despejado y transparente, las estrellas resplandecieron: el hielo abría las piedras; la nieve adquirió una dureza refulgente.

Al nacer el día, algunos gorriones saltaron a la calle en busca de alimento: mas apenas encontraban donde picotear.

—¡Pip! ¡Pip! —dijo uno de ellos—. He aquí el llamado año nuevo, pero, si cabe, es peor que los otros; mejor nos hubiera sido mantener el que acabó. Hay motivos para quejarse de la mala suerte.

—Sí —dijo uno de sus compañeros, esponjado por el frío—. ¡Y pensar que los hombres se alegran de manera tan incomprensible con la llegada del primer día del año! Al verlos saludar esta fecha con tales demostraciones de júbilo, yo me imaginaba que íbamos a disfrutar de un año cálido y mejor que los precedentes. Pero, ¡quíá!; hieló como nunca. Los hombres deben haberse equivocado en su calendario.

—Tienes razón, se han equivocado—afirmó un tercer gorrión, más viejo; lo que ellos llaman calendario es una locura de su invención sin el menor fundamento real. El año comienza con la primavera; la naturaleza lo ordena así y yo me atengo a sus leyes.

—¿Cuándo llegará la primavera? —preguntaron los otros.

—Volverá con la cigüeña; pero la época de su retorno es muy incierta. Aquí, en la ciudad, nadie la conoce bien. He oído decir que los campesinos están mejor informados. Si vamos al campo, probablemente nos acercaremos a la primavera.

—¡No! ¡No! —replicó uno de sus compañeros—. Yo he encontrado en la ciudad algunos privilegios que no tendría en otra parte. Aquí, en la vecindad, vive una buena familia que ha tenido la feliz idea de plantar un jardincito en un balcón. Mi compañera y yo hemos construido en él nuestro nido, donde hemos criado a todos nuestros pequeños. Pienso que esta familia arreoló este albergue expresamente para nosotros. Todos los días encontramos en él migas en cantidad suficiente, de manera que nada nos falta. Mi compañera y yo nos quedaremos, aunque maldita la gracia que nos hace el mal tiempo que se ha echado encima. Vosotros tenéis libertad para ir donde os plazca.

—¡Al campo! ¡Al campo! —gritaron los demás gorriones.

Y levantaron el vuelo.

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
SMJEG  
Facultad de Humanidades  
UPR-RR

1306458

\*  
\* \*

En el campo, el frío se hacía sentir aún más que en la ciudad. Los campesinos movían activamente los brazos para entrar en calor; los caballos jadeaban y de sus cuerpos se desprendía un vapor espeso; los pajaritos saltaban entre los hoyos de los caminos en busca de algunos granos.

— ¡Pip! ¡Pip! ¿Cuándo llegará la primavera? ¡El invierno dura demasiado!

— ¡Demasiado! — repitió una voz que salía de una montaña próxima, toda cubierta de nieve.

Pudo ser el eco; pero también pudo ser la voz de un viejo extraño, sentado en la cumbre de la montaña. Estaba envuelto en una gran túnica blanca y tenía la barba y los cabellos niveos y la faz pálida, con dos grandes ojos claros y penetrantes.

— ¿Quién es ese viejo? — preguntaron los gorriones.

— Os lo voy a decir — les respondió un cuervo encaramado en un seto, que si se dignó entablar conversación con ellos fué porque comprendía que en el infortunio todos los seres son iguales. Este viejo no es otro que el Invierno del año pasado. No ha muerto, como reza el calendario; reina en el puesto de su sucesor, que no tardará en llegar. Se siente que impera el invierno, ¿verdad, hijos míos?

— Cierto — dijo un gorrión —; por donde se prueba que el calendario no marcha de acuerdo, ni por asomo, con la naturaleza. Si los hombres hubiesen puesto este negocio en nuestras manos, que son mucho más razonables, el año estaría mejor distribuido.

Pasó una semana; luego, otra...; el bosque era negro; el agua del lago, pesada y densa como plomo derretido; las nubes, o mejor, la niebla fría y penetrante, cargaba la atmósfera; las comejas volaban en bandas sin dejar escapar un solo grito; la naturaleza toda estaba como entumecida.

De pronto, un rayo de sol se deslizó sobre el lago; la nieve comenzó a perder su brillo, el viejo, mejor dicho el Invierno, siempre sentado sobre la montaña, la mirada vuelta hacia el norte, no advertía que su alfombra de nieve se diluía poco a poco y que, por todas partes, surgían trozos verdes donde rebullían los pajarillos.

— ¡Pip! ¡Pip! — gorjeaban los gorriones —. ¿Va a llegar la primavera?

— ¡La primavera! — canta una voz que resuena en los campos, en las praderas y en los sombríos bosques donde el verde musgo se enrosca en la corteza de los árboles.

Las dos primeras cigüeñas, procedentes del sur, cruzaron al aire; sentados sobre ellas se veía a dos niños encantadores: un niño y una niña. Con sus deditos enviaban besos a la tierra, y una vez que hubieron bajado, en las huellas que dejaban sus pies surgían flores blancas. Los dos, cogidos de la mano, se acercaron al viejo helado, que los estrechó contra su pecho. Y una espesa neblina, que semejaba un velo de pliegues innumerables, envolvió a la naturaleza.

Después se levantó el viento, empujó delante de él los vapores, y el sol se mostró en todo su benéfico esplendor.

El invierno había desaparecido y los graciosos niños de la primavera habían ocupado su trono.

— He aquí el verdadero día del año — dijeron los gorriones —. Ha llegado el momento de desquitarnos de las tristes jornadas del invierno.

En todos los sitios sobre los que se posaba la mirada de los dos niños, se abrían yemas doradas en las plantas y en los árboles; el césped, crecía; los campos, verdeaban. La niña cogió flores de su vestido y las esparció a su alrededor; estas flores parecían multiplicarse en sus manos; su número era infinito, como los granos de arena en el mar. Llevada de su entusiasmo, arrojó gran cantidad sobre los manzanos y sobre los melocotoneros, que se vieron florecidos antes de echar hojas.

Después de esto, los niños batieron palmas, y se vió surgir de todos los puntos del horizonte millares de pájaros, que gorjeaban y cantaban: ¡Ha vuelto la primavera!

Era una delicia contemplar este espectáculo. Muchas madres viejas salieron de sus casas, se sentaron al sol y se extasiaron ante las florecillas que esmaltaban los campos. Esta visión les recordaba su juventud. Todos los mortales, llenos de alegría, exclamaban: ¡Bendito tiempo!

También el bosque se había reanimado. Se entreabrían los brotes de los árboles; las violetas perfumaban el aire; las anémonas y las primaveras cubrían el suelo; la más insignificante brizna de hierba se henchía de savia y de vigor. En verdad que no se podría soñar una más bella alfombra para reposar.

La joven pareja de la primavera se tendió sobre ella; y sonriendo y cantando, las manos entrelazadas, los hermosos niños crecieron y se convirtieron en dos bellos adolescentes.

Una dulce lluvia cayó del cielo; pero ellos apenas lo advirtieron, porque las gotas de agua se mezclaban con las lágrimas de alegría que lucían como perlas en sus ojos.

El joven besó la frente de su novia, y en este instante todos los brotes de los árboles acabaron de abrirse.

Cuando el sol salió, el bosque estaba completamente verde.

Los novios pasearon bajo el fragante follaje suavemente irisado por los rayos del sol; respiraron un aire impregnado de un perfume de inocencia y de pureza; un arroyuelo límpido murmuraba serpeando entre las cañas y las flores. Había vuelto la primavera.

Los días y las semanas pasaron; el calor, cada día más sofocante, hacía ya dorar el trigo. El loto blanco del norte extendía sus largas hojas sobre el lago, y los pájaros se apresuraban a disfrutar de su sombra.

\*  
\* \*

Ya brillan en el campo las hoces de los segadores; los manzanos se inclinan bajo el peso de sus frutos; el lúpulo sostiene con esfuerzo sus granos, parecidos a racimos de uva; bajo el macizo de avellanos se guarecen un hombre y una mujer: son Estío y su esposa.

¡Qué riqueza! — exclama él —. La bendición alcanza a todo. Debe uno sentirse dichoso y contento. Sin embargo, me falta no sé que, quizás reposo y tranquilidad. He aquí a los hombres que labran de nuevo los campos con el objeto de hacer producir a la tierra. ¿Ves detrás de los arados las cigüeñas, esos pájaros de Egipto, que nos transportaron por el aire cuando, niños, salimos hacia el país del Norte? Nosotros hemos traído flores y follajes verdes que hoy se marchitan y desaparecen: ¿quieres, amada mía, que todavía se alegren mis ojos?

Al hablar así, extendió su brazo: inmediatamente, las hojas del bosque tomaron tintes de púrpura y de ámbar: en los setos brillaron frutos encendidos como el fuego; las castañas silvestres caían a tierra con su corteza entreabierta, y, en el bosque, las violetas florecieron por segunda vez.

La reina del año estaba cada vez más silenciosa y más pálida.

—Tengo frío — dijo —. La noche trae brumas heladas. ¡Quisiera volver a ver el país de mi infancia!

Vió entonces a las cigüeñas volar una tras otra, formando en el cielo una larga estela blanca. Extendió suspirante las manos hacia ellas. Los nidos abandonados fueron invadidos por plantas parásitas. ¡Las cigüeñas hufan!

¡Pip! ¡Pío! \_\_\_\_\_ Dijeron los gorriones \_\_\_\_\_. ¿A dónde van las cigüeñas? Probablemente estas buenas señoras no pueden soportar el viento y el fresquillo. ¡Buen viaje!

\*  
\* \*

Las hojas del bosque aparecían teñidas de un amarillo tierno y alfombraban la tierra; la tempestad rugía entre las ramas; el otoño avanzaba; caía la noche. Sobre un lecho de follaje estaba tondida la reina del año, dirigiendo su mirada hacia una estrellita que brillaba en el cielo; a su lado estaba su esposo. Un golpe de viento levantó un torbellino de hojas secas; un segundo golpe, las dispersó. Entonces el hada bienhechora, desapareció. Y una mariposa de la tarde, la última del año, levantóse lentamente en el aire y se desvaneció entre los pliegues de la bruma.

\*  
\* \*

Volviéron el frío, la niebla, la tempestad, las noches largas y sombrías. El rey del año tiene los cabellos blancos; pero él se imagina que son copos de nieve que le cubren la cabeza, de la misma manera que cubren los campos.

Las campanas de las iglesias sonaron para anunciar el Nacimiento del Señor.

Muy pronto \_\_\_\_\_ dijo el soberano del año \_\_\_\_\_ mi tarea habrá terminado y podré gozar un merecido reposo en el mundo de las estrellas.

El ángel de Navidad entró en el bosque de abetos, blanco por la nieve, para consagrar los nuevos árboles que debían embellecer su fiesta.

Esto \_\_\_\_\_ dijo el Estío convertido en un viejo cansino y encorvado \_\_\_\_\_ es señal de que mi fin se aproxima; mi joven sucesor está a punto de recibir la corona y el cetro.

No obstante, tu poder no te ha sido arrabonado \_\_\_\_\_ dijo el ángel \_\_\_\_\_. ¡Deja que la nieve se extienda sobre la hueca semilla y la abrigue! Es preciso que, sin dejar de ser soberano, soportes pacientemente los homenajes rendidos a otros y que te acostumbres a vivir olvidado. La hora de tu libertad llegará con la primavera.

\_\_\_\_\_ ¿Y cuándo llegará la primavera?

\_\_\_\_\_ La traerá la primera cigüeña.

\*  
\* \*

El invierno, con la cabellera blanca y la barba florida aunque, vigoroso como el huracán y firme como el hielo, fué a sentarse en la cima de la montaña que había servido de trono a su predecesor. El hielo estalló; los patinadores se deslizaron rápidamente sobre los lagos brillantes; las cornejas y los cuervos motearon de puntos negros el taniz de la nieve.

En aquellos momentos, los pájaros salieron de la ciudad y preguntaron a un cuervo, hijo de aquel que ya conocimos:

\_\_\_\_\_ ¿Quién es ese viejo?

Y el cuervo contestó:

\_\_\_\_\_ Es el Invierno, el viejo del año pasado; no ha muerto, como reza el calendario; espera a su sucesor, la Primavera.

\_\_\_\_\_ ¿Y cuándo llegará la Primavera?

\_\_\_De eso nada entiendo.

Y reanudó su vuelo.

\*  
\* \*

Algunos meses más tarde se vió llegar la primera cigüeña cabalgada por un niño encantador; la siguió otra, que transportaba una graciosa niña. Estos niños, al poner el pie en la tierra, besaron el suelo; besaron también al viejo de la montaña, que, como Moisés, desapareció en una nube.

La historia del año había terminado.

\_\_\_Todo esto es hermoso \_\_\_dijeron\_\_\_ los gorriones\_\_\_ . Lo que ocurre es que no está de acuerdo con el calendario de los hombres. ¡Las pájaros deberíamos hacer el nuestro!

17 de noviembre de 1976.

Seminario Multidisciplinario  
Jorge Enrique González  
SMJEG  
Facultad de Humanidades  
UPA-RF